

El resentimiento: obstáculo fundamental para la paz

FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ. Filósofo y teólogo. Profesor de la Universitat Ramon Llull.

Ponencia presentada en las Jornadas Interdisciplinarias: CONVIVENCIA EN EL SIGLO XXI. LA CARTA DE LA PAZ organizadas por el Ámbito de Investigación y Difusión María Corral. Barcelona, España, 1994.

Introducción

El objetivo de esta ponencia es investigar uno de los mayores obstáculos en la construcción de la paz: el resentimiento. Nuestra finalidad es estudiar la naturaleza de esa actitud humana, para encontrar soluciones y antídotos que hagan posible el camino hacia la paz, el camino hacia la concordia.

Para empezar, es necesario esbozar germinalmente el concepto de paz, con el fin de entender los obstáculos que se interponen en el camino que nos conduce a ella. La paz no es la falta de guerra, ni la privación de enfrentamientos y hostilidades. Definir así la paz sería empobrecer gravemente la noción de paz y su riqueza semántica. La paz no es un concepto negativo, que se defina por oposición a otra realidad, sino un concepto positivo y sustancial.

Podríamos definir la paz como un estado de equilibrio y armonía o, dicho de otro modo, como aquel conjunto de condiciones que hacen posible la plena realización de la persona, la plenitud humana. La paz es condición sine qua non para la liberación personal y la realización humana. Ahora bien, la paz no es algo que ya posea el hombre, sino algo a poseer. La paz se presenta siempre como un estado final, como una utopía, como un objetivo a conseguir. Es una realidad que vislumbramos en el horizonte, pero que difícilmente dominamos o controlamos.

Por consiguiente, la paz es el estado de armonía necesario para la realización humana; pero es un estado buscado, buscado por toda la condición humana. Podríamos esbozar ese concepto utilizando el término "ecología". En efecto, la construcción de la paz sólo es posible si existe una verdadera ecología a todos los niveles de la realidad. Solamente hay paz si hay orden, si hay rectitud y lógica en el seno del hogar.

La paz es un concepto poliédrico que se puede caracterizar a partir de cuatro modelos ecológicos. En primer lugar, es necesario un equilibrio interior, una ecología intrapersonal. Si no se tiene paz dentro de sí mismo, difícilmente se podrá poner paz en el exterior. La paz empieza por uno mismo. La armonía interior es el punto de partida de todas las demás relaciones.

Pero, ¿qué significa tener paz interior? Significa conocerse y aceptarse tal como uno es. Tiene paz interior aquel que se conoce y acepta, aquel que ha obedecido al imperativo de Sócrates de entrar dentro de sí mismo y observarse como es. Entonces, los desequilibrios, las angustias, las tentativas de ser distinto, de emular a otras personas a costa de hipotecar la propia personalidad se desvanecen. "Soy quien soy", con todas las virtudes y todos los defectos. Reconocer esto es el punto de partida para poder caminar hacia la paz y hacia la integración de los hombres. Esa humildad es la base de todo crecimiento posterior.

En segundo lugar está la ecología interpersonal. Esta ecología se refiere al equilibrio, a la buena armonía entre el yo y el tú, es decir, en el seno del nosotros. La paz también se puede definir como ecología interpersonal. De hecho, éste es el concepto más popularizado y más gráfico para indicar una situación de paz. La ecología interpersonal implica amor y acogida entre el yo y el tú. En una comunidad asimétrica, donde cada persona es un mundo, con capacidades distintas y con una vocación determinada, la convivencia tan sólo es posible desde el amor, la comprensión y la generosidad.

Kant considera que las relaciones humanas están mediatizadas por la continua amenaza y por el miedo. Así lo expresa en su breve opúsculo dedicado a la paz titulado *La paz perpetua* (Zum ewigen Frieden), publicado hace casi 200 años: "El estado de paz entre los hombres que viven juntos no en un estado de naturaleza (status naturalis), sino más bien es un estado de guerra, es decir, un estado en el que, aunque las hostilidades no se hayan declarado, sí que existe una constante amenaza."

Hegel describe a la comunidad humana como una lucha dialéctica entre el amo y el esclavo, entre el señor y el sirviente. Sartre describe al otro como el enemigo, como el mortal enemigo que desnuda con su mirada. La paz interpersonal no pasa por uniformizar a las personas, sino por aceptarlas tal como son, tejiendo puentes de diálogo y lazos de amor entre unos y otros. Es imposible conseguir la paz interpersonal sin una buena ecología interior.

En tercer lugar está la paz entre el hombre y el medio natural. Esa paz se relaciona con la ecología fisiantrópica o, dicho de otro modo, con la ecología hombre-naturaleza. El hombre se desarrolla en el seno del medio natural. Su relación con el medio puede venir impulsada, bien por un afán contemplativo y respetuoso, bien por una tendencia destructiva y corrosiva. Existe paz con la naturaleza cuando el hombre aprende a respetarla y utilizarla adecuadamente. Si el hombre no cuida de ese equilibrio con el medio, el hogar donde vive puede convertirse en un verdadero infierno donde todas las demás relaciones se vean alteradas. Mantener pulcra la casa es indispensable para los vínculos posteriores. El marco es condición indispensable para una verdadera convivencia.

En cuarto lugar está la paz entre Dios y el hombre. A través de la fe, el hombre se abre a la dimensión trascendente o, dicho de otra forma, se deja interpelar por Dios y por su voz. Dios llama en el hondón de la conciencia humana para liberar a la persona de sus esclavitudes y servidumbres. Esta relación no es visible, ni evidente, sino que parte de un acto de fe y, por tanto, admite la duda, la vacilación y la indeterminación. Aun así, es lícito hablar de una ecología teoantrópica. Si no hay buena relación teológica, el hombre se empequeñece, y desea lazarse hasta Dios y ocupar su trono. Los ateísmos y antiteísmos del siglo XIX son fruto de una mala ecología teoantrópica, de una relación mediatizada por el odio, la incomprensión y, sobre todo, la represión. Esa imagen desfigurada de Dios es la que explica el enfrentamiento con él y el rechazo instintivo.

Hay, pues, cuatro modalidades de paz: la paz interior, la paz interpersonal, la paz entre el hombre y el medio y la paz entre Dios y el hombre. Conseguir la paz significa alcanzar el equilibrio y la armonía en esas cuatro relaciones; significa caminar hacia la plenitud humana y la total realización.

Uno de los obstáculos más áridos y difíciles de superar en la construcción de la paz es el resentimiento. El resentimiento es una especie de actitud que viola la armonía en el seno de las relaciones humanas y genera tensiones, odios, reticencias y prejuicios de todo tipo. El resentimiento es la gran traba en la construcción de un mundo más solidario, más justo y pacífico.

Propiamente el resentimiento interior afecta a tres modalidades de paz: la intrapersonal, la interpersonal y la teoantrópica. Se da el resentimiento interior, fruto de la no aceptación, de uno mismo. Se da el resentimiento entre personas, que es el más vivido y la causa de enormes tensiones, violencias e incluso crueldades. Y, en último lugar, se da el resentimiento para con Dios, fruto de un concepto represivo y demoníaco del mismo Dios. La Carta de la Paz menciona tres veces la palabra resentimiento. Es especialmente significativo que un texto tan breve y conciso incluya tres veces la palabra "resentimiento". Veamos los tres fragmentos:

II. "¿Por qué, pues, hemos de tener y alimentar resentimientos unos contra otros si no tenemos ninguna responsabilidad de lo acontecido en la Historia?"

III. "Eliminados estos absurdos resentimientos ¿por qué no ser amigos y así poder trabajar juntos para construir globalmente un mundo más solidario y gratificante para nuestros hijos y nosotros mismos?"

"Sin resentimientos, desde la libertad, las evidencias y la amistad, puede construirse la paz."

En el primer fragmento, el resentimiento aparece como el obstáculo fundamental en la construcción de un mundo pacífico. Desde este punto de vista, la Carta nos exhorta a difuminar esos resentimientos de unos contra otros y a aceptar al otro tal como es. El texto se refiere fundamentalmente al resentimiento interpersonal, entre personas, o bien entre comunidades de personas. En el segundo fragmento, la Carta trata el resentimiento como algo absurdo. Si el resentimiento es el recuerdo vivo de un sentimiento anterior, heredado de generación en generación, es absurdo hacerlo revivir y alimentarlo con el odio y el rencor. La Carta propone ser amigos en la existencia, establecer una buena relación con los demás, tratando de olvidar aquel sentimiento de hostilidad que hemos heredado cultural o históricamente.

La barbarie de las guerras, la crueldad de los genocidios, las torturas inhumanas y los campos de concentración tienen su raíz más profunda en el resentimiento, en el rencor, en la venganza. El mal, a veces, tiene una presencia tan gráfica, tan plástica, que destruye cualquier formulación metafísica o intelectual. A través del resentimiento, el mal deviene crudo y real como cualquier otra realidad.

ANÁLISIS FENOMENOLÓGICO DEL RESENTIMIENTO

¿Qué es el resentimiento, desde el punto de vista filosófico? ¿Cuál es su raíz? ¿Cuál es su lógica? El resentimiento puede ser estudiado desde puntos de vista muy distintos; puede someterse a un análisis psicológico, social, clínico y también filosófico. El análisis más profundo y de mayor alcance es el filosófico, porque se adentra en su raíz más íntima y estudia su esencia su naturaleza, más allá de sus manifestaciones externas o epidérmicas.

A lo largo de la Modernidad, se han dado dos pensadores que han dedicado buena parte de sus reflexiones a la investigación sobre la esencia y el sentido del resentimiento. Son Nietzsche, en su obra titulada *La genealogía de la moral* (*Zur Genealogie der Moral*, 1887) y Scheler, en su libro *El resentimiento en la moral* (*Das Ressentiment im Aufbau der Moralen*, 1915). A lo largo de la ponencia nos referiremos a uno y otro texto, para averiguar la naturaleza de esta actitud humana que llamamos resentimiento.

Scheler, discípulo de Husserl, lleva a cabo un análisis fenomenológico del resentimiento. Parte de la manifestación externa y, a través de la expresión fenoménica, se adentra en la esencia de esta actitud tan humana. El método fenomenológico, a través del epoché o la puesta entre paréntesis, parte del fenómeno y se introduce lentamente en la esencia. Su libro es una respuesta a la obra de Nietzsche citada anteriormente. Según el profeta del nihilismo contemporáneo, la ética cristiana hunde sus raíces en el resentimiento o, dicho de otro modo, es la plena expresión de ese resentimiento de los más débiles y desaventajados. La obra de Scheler es una respuesta crítica y desafiante a la tesis nietzscheana.

Según Scheler, la ética cristiana no nace del resentimiento de los más pobres y oprimidos hacia los ricos, sino que emerge del amor desinteresado y absoluto hacia todo hombre y toda mujer.

Dejando a un lado las argumentaciones de Scheler, su libro es interesante porque ilumina notablemente la esencia del resentimiento.

El resentimiento es, de entrada, una unidad de vivencia y acción. Es decir, parte de una vivencia (Erlebnisse) determinada, de carácter hostil y sombrío, que impulsa una acción de carácter nocivo y malévolo. Scheler distingue dos elementos en esta actitud: "El primero es que el resentimiento se trata de una determinada reacción emocional ante otro; reacción que sobrevive y revive repetidamente, con lo cual se adentra y penetra cada vez más en el centro de la personalidad, y se va alejando de la zona expresiva y activa de la persona. Ese continuo revivir y sobrevivir de la emoción es muy distinta del recuerdo intelectual... es un volver a vivir la misma emoción: un volver a sentir, un resentir."

Y añade el discípulo de Husserl: "En segundo lugar, la palabra (resentimiento) implica que la cualidad de esta emoción es negativa, es decir, expresa un movimiento de hostilidad."

Analicemos con detalle la caracterización del resentimiento, según Scheler. Para empezar, el resentimiento es una reacción emocional del yo respecto al tú. Se trata, pues, de una reacción interpersonal entre dos seres inteligentes, libres y responsables. Una reacción emocional es una vivencia fuertemente arraigada en el corazón, una reacción instintiva, llena de emoción, de fuerza y energía. El resentimiento es, además, una reacción que se revive en el seno del espíritu, que se vuelve a vivir repetidamente.

Desde este prisma, se trata de una reacción arraigada en el seno del espíritu, que va aumentando sus dimensiones en el interior de la conciencia personal. No es un recuerdo intelectual, frío y distante, sino un sentimiento revivido, una vivencia reactualizada, recreada en el seno del espíritu. Es revivir la misma emoción, volver a sentirla (Nachfülen). Y expresa un sentimiento de hostilidad, un sentimiento negativo respecto al otro.

Dicho en otros términos, el resentimiento es la reacción de un sentimiento de hostilidad hacia el otro; es el hecho de revivir esa hostilidad de manera interiorizada. Como se puede ver, el resentimiento está íntimamente conectado con la idea de rencor (Groll). Tener rencor a alguien es revivir interiormente un sentimiento de hostilidad hacia ese alguien. Scheler considera que rencor y resentimiento están íntimamente ligados, que quizá resultaría mejor expresar ese sentimiento hostil con la palabra rencor.

Así lo dice: "Quizás la palabra "rencor" es la más apropiada para indicar este elemento fundamental de la significación. El "rencor" es, en efecto, este enojo retenido, independiente de la actividad del yo, que atraviesa oscuramente el alma y acaba formándose cuando los sentimientos de odio u otras emociones hostiles reviven repetidamente; no contiene aún ningún designio hostil determinado, pero alimenta la sangre de todos los designios posibles de esta clase".

El sentimiento hostil se va adentrando cada vez más en el seno del espíritu, se va concentrando cada vez más y es la semilla del odio, el enfrentamiento, la crueldad y el mal. Propiamente, el resentimiento no es una reacción espontánea, inmediata o directa, sino más bien una reacción frustrada, un sentimiento mutilado que va creciendo en el interior y va fermentando odio y más odio. El resentimiento guarda dentro de sí el rencor y, con el tiempo, lo va cultivando y alimentando. Esta emoción repetida y aumentada en el interior es el brote que explota en odios, amenazas, enfrentamientos y hostilidades.

Según Schopenhauer, la crueldad (Grausamkeit) es la máxima expresión de este sentimiento revivido. El resentimiento se alegra del sufrimiento ajeno, del sufrimiento de su oponente. Le quiere mal, le desea mal, todo el mal posible y, por ello, disfruta con el dolor del otro. Ese disfrutar con el dolor del otro es la crueldad. Es una actitud humana y tan sólo humana. El animal no disfruta con el sufrimiento del otro; lo mata para sobrevivir, para conservarse. Obedece a la ley de la selección natural. El resentimiento alimenta un tipo de acciones que no se explican con términos darvinianos

Para el resentido, "el sufrimiento ajeno se convierte en un fin en sí mismo, en un espectáculo con el que se deleita. Y así se origina la manifestación de la crueldad propiamente dicha, de esa sed de sangre que la historia deja ver tan a menudo en los Neronos y Dominicanos, en los deyes africanos, en Robespierre, etc."

Unas páginas más adelante, Scheler ilumina de nuevo la esencia del resentimiento. Nos dice que "el resentimiento es una autointoxicación del espíritu de causas y consecuencias bien definidas. Es una actitud espiritual permanente que surge al reprimir sistemáticamente la descarga de ciertas emociones y afectos, que son en sí normales y pertenecen al fondo de la naturaleza humana; tiene como consecuencia cierta propensión permanente a determinadas clases de engaños valorativos y juiciosos de valor correspondientes. Las emociones y el impulso de venganza, el odio, la maldad, la envidia, la perfidia..."

El resentimiento es, pues, una enfermedad del espíritu, una tara anímica que envenena a la persona y le genera un tipo de deseos y tendencias totalmente hostiles. El resentimiento es interior, es una llaga en el seno del espíritu; pero se expresa a través del lenguaje, el gesto, las palabras y las miradas. El resentimiento hierve por dentro, explota de odio y venganza, pero

cohibe su expresividad por miedo o por impotencia. Entonces, esta emoción crece y crece de dimensiones, hasta que, al fin, devora todo el espíritu y ya no queda ninguna zona pura o virgen.

El resentimiento está íntimamente ligado a la venganza. Pero la venganza es un impulso activo, agresivo, de respuesta contundente al agresor, al instigador. Un ataque o una ofensa precede a todo impulso de venganza y es respuesta a una hostilidad interior: el hijo se venga del padre represivo; el delincuente se venga de la sociedad; el torturado se venga del torturador.

Schopenhauer vincula el deseo de venganza (Rachsucht) con la crueldad. El padre del pesimismo existencial dice: "Con la crueldad se encuentra emparentado el deseo de venganza, que paga la maldad con maldad, sin prestar atención al futuro castigo, sino fijándose tan sólo en lo que ha sucedido..."

La venganza, por consiguiente, no se identifica propiamente con el resentimiento, ya que el resentimiento es interior, es una vivencia repetida; a veces, incluso heredada culturalmente. Es posible que el resentimiento sea fruto de una agresión personal, pero también puede ser motivado por una agresión cometida a los padres, abuelos o, sencillamente, a generaciones anteriores. Ese resentimiento histórico es, según la Carta de la Paz, totalmente absurdo, porque es el resentimiento de algo que ya no existe, de algo que pasó pero que no debe condicionar el presente. Las generaciones heredan valores, creencias, cultura; pero también heredan odios prejuicios raciales y étnicos, sentimientos de hostilidad y violencia. La venganza es impulsiva y directa, el resentimiento es callado, pero potente como nada en el mundo. El resentimiento está, además, íntimamente vinculado al sentimiento de impotencia. El resentido no se atreve a enfrentarse, porque tiene un gran complejo de inferioridad. Se siente impotente ante el agresor y, como no se puede vengar, como no se puede desahogar, aquel sentimiento de hostilidad va subiendo de tono en el interior del sujeto. Así crece el resentimiento de manera desmesurada.

Scheler dice, a continuación, que la envidia del otro puede ser también un factor desencadenante del resentimiento. El resentimiento puede también ser fruto de la impotencia respecto al otro. La envidia más intensa es la envidia existencial. Así lo expresa el discípulo de Huserl: "La envidia que suscita el resentimiento más fuerte es, por lo tanto, aquella envidia que se orienta al ser y existir de una persona extraña: la envidia existencial. (...) Esta "envidia" ataca a la persona extraña en su pura existencia que, como tal, es sentida como "opresión", "rechazo" ..."

La Carta de la Paz, fundamentada en el Realismo Existencial, hace referencia a esa idea de envidia existencial. La envidia existencial es peor que la envidia de cosas o propiedades, ya que es una envidia que desea del otro su ser, su presencia, su existencia. El envidioso existencial no ha aprendido a aceptarse tal como es, no ha aprendido a reconocer sus propias deficiencias y grandezas. Sufre una enfermedad óptica, la enfermedad de querer ser otro, o de querer ser como el otro. Es la no aceptación de uno mismo, la huida de la propia esencia, la que propicia la guerra y el enfrentamiento.

El resentimiento está, pues, vinculado al sentimiento de impotencia y a la envidia. Pero aún hay que añadir otro factor desencadenante del resentimiento: la comparación valorativa. Lo dice Scheler con estas palabras: "El origen del resentimiento va ligado a una actitud especial que consiste en la comparación valorativa de uno mismo con los demás... Realizamos continuamente comparaciones entre nuestro propio valor... y los valores ajenos; y las realizamos todos, el vulgar, el bueno y el malo."

El agravio comparativo está íntimamente vinculado al resentimiento. El resentido siente resentimiento porque el otro tiene los valores que él querría tener, pero no puede, no está capacitado para desarrollarlos. En el fondo, rezuma un grave complejo de inferioridad. Se ve a sí mismo como a alguien mezquino y pequeño, y siente resentimiento del otro, porque el otro es capaz de ser noble, grande y sublime. Otra vez aparece la idea de la venganza existencial como una actitud emparentada con el resentimiento.

El resentimiento enturbia las relaciones humanas, origina un distanciamiento entre las personas y hace difícil la relación espontánea e inocente. El resentido siempre compara los valores del otro y los propios; el resentido siente la impotencia y celos del otro. Este hecho incide fuertemente en la intersubjetividad y es la causa de la continua amenaza en el seno del género humano.

Después de este cuidadoso análisis del resentimiento, Scheler distingue distintas clases de resentimiento: el resentimiento individual y el resentimiento colectivo. El primero es la causa del enfrentamiento entre el yo y el tú. El segundo es la causa de las guerras, las masacres interétnicas y las limpiezas raciales. El resentimiento se puede vivir a nivel personal o a nivel colectivo. Un pueblo resentido es un pueblo que ha sufrido y revive aquel sufrimiento de generación en generación. Una nación resentida es una nación que recrea la opresión sufrida de padres a hijos y de hijos a nietos, por todos los siglos.

El resentimiento nace, crece y se reproduce; se transmite a través de la cultura, del trato personal, de las frases populares y, evidentemente, por la historia escrita u oral. Cada pueblo escribe su historia, y no se trata de una historia neutral, sino de una historia llena de resentimiento, dolor, odio y envidia. Los países expoliados del Tercer Mundo escribirán una

historia antieuropeísta. El pueblo judío escribirá una historia antigermánica; los serbios narrarán una historia donde los bosnios serán los malvados...

El resentimiento colectivo está, pues, emparentado con el etnocentrismo y la xenofobia. El hijo ha oído hablar a sus padres de la guerra, ha oído maldecir a los oponentes, ha oído las torturas que padecieron, y no puede quedar indiferente ante esa narración. Lo que no conoce el hijo es la otra historia, la otra cara del asunto. Con estas palabras maniqueas y tendenciosas se han escrito las historias de los pueblos, países y naciones. De esta manera, la historia no es maestra ni guía del futuro, sino más bien argumento de guerra y enfrentamiento.

EL PERDÓN, ANTÍDOTO DEL RESENTIMIENTO

El resentimiento es un serio obstáculo a la consecución de la paz, probablemente es el obstáculo más grave que hay que superar en este largo camino que lleva a la paz. La historia enseña que la humanidad no ha progresado mucho por este camino de perfeccionamiento, sino que más bien se ha estancado o empeorado. El siglo XX es un inmenso escaparate de injusticias, guerras estúpidas, genocidios colectivos, torturas y batallas sin orden ni fin y, sobre todo, de ataques frontales a la sublime dignidad de la persona humana. Aunque en el año 1948 se firmaron los Derechos Humanos, la experiencia demuestra que, desde entonces, estos derechos han sido violados sistemáticamente, tanto en países desarrollados como subdesarrollados.

Todo ello pone de manifiesto que el advenimiento de la paz no es fácil, y que la convivencia en el siglo XXI no estará exenta de enormes dificultades y trabas. El resentimiento entre las personas, entre los pueblos, razas o grupos sociales, es el obstáculo fundamental. Limpiar ese resentimiento quiere decir bajar hasta el fondo de la conciencia humana y reencontrar un antídoto suficientemente poderoso para guillotinar esta autointoxicación del espíritu que es el resentimiento.

El resentimiento, como dice Scheler, no es únicamente una emoción revivida en el fuero interno del ser humano, sino que es el eje de una ética, de una política y de un sistema de valores. Así lo expresa el fenomenólogo: "El resentimiento lleva a cabo su obra más importante cuando se convierte en el definidor de toda una "moral", cuando las reglas de preferencia se pervierten, por decirlo de algún modo, y aparece como un "bien" lo que antes era un "mal". Si miramos a la historia de Europa, nos daremos cuenta de que el resentimiento ejerce una influencia maravillosa en las estructuras de las morales..."

Según Scheler, la ética altruista ilustrada y la ética marxista del siglo XIX tienen su raíz en el resentimiento.

Según él, en el origen de estos sistemas éticos está la venganza, el sentimiento de impotencia, los celos y, por lo tanto, en el fondo, la hostilidad más interiorizada. El proletario siente rencor hacia el empresario, el siervo siente envidia de su señor ya que querría ser como él y disfrutar de todos los bienes que él tiene. Así nace una ética que vela por la destrucción del otro y por la apropiación de cuanto tiene. El resentimiento está en la raíz de muchas éticas modernas, pero también de muchas formas de política. Hay políticas llenas de xenofobia, de resentimiento hacia el inmigrante, hacia el extranjero.

¿Cuál es el antídoto más revulsivo contra el resentimiento? A mi entender, la única terapia que puede combatir el resentimiento es su terreno y guillotinar su influencia es el ejercicio del perdón incondicional.

El perdón es una actitud de apertura hacia el otro, de aceptación y de humildad. El perdón abre las puertas al otro, lo respeta, lo comprende y lo acoge. El resentido se cierra en sí mismo, revive una y otra vez aquella hostilidad y el odio va creciendo en él lentamente. El perdón, en cambio, limpia el corazón, desintoxica el espíritu y permite ver en el otro a un amigo y no a un enemigo, a un compañero y no a un competidor.

El perdón es una actitud cordial. El resentimiento no se puede extinguir en una actitud epidérmica o superficial. El resentimiento está fuertemente arraigado en el corazón, y sólo algo tan arraigado al corazón puede transformar al individuo, puede hacerle cambiar de orientación y mudar sus sentimientos más ocultos. El perdón implica una transformación interior, una conversión interior al amor desinteresado y universal.

El perdón ético, el perdón que posee grandeza ética, aparece siempre en función de una injuria importante. Perdonamos las ofensas, perdonamos al enemigo que, en definitiva, es alguien que nos ofende por el simple hecho de existir. La ofensa suscita en el ofendido un resentimiento hacia el ofensor, resentimiento que tiende a concretarse en alguna especie de réplica violenta. En otras palabras, el ofendido intenta vengarse. Se vengará o no: eso lo decidirán las circunstancias. Pero su deseo y su designio es vengarse.

Lo contrario a la venganza y al resentimiento es el perdón. Todo el mérito del perdón radica en esta diferencia: el ofendido, midiendo toda la insidia de la ofensa, sintiendo el escozor del odio que le es correlación natural, se sobrepone al despecho vengativo. El perdón es una victoria sobre uno mismo.

El amor gratuito y desinteresado es la raíz del perdón incondicional. Quien ama de este modo es capaz de perdonar incluso al enemigo, incluso al instigador del mal. Pero para perdonar al enemigo es necesaria una enorme dosis de amor desinteresado.

El pensamiento de inspiración cristiana, enraizado en el Evangelio como texto primordial, vela por la práctica y el sentido de ese amor gratuito y desinteresado, acontecimiento clave para combatir el resentimiento. No sólo el Evangelio es fuente inspiradora de esta actitud. Hay tradiciones religiosas más antiguas que el cristianismo que también profundizan en la idea del amor gratuito como condición indispensable para conseguir la paz.

Aunque el perdón, como se ha dicho anteriormente, no es exclusivo de la ética del cristianismo, parece indiscutible que el cristianismo le dio unas dimensiones espirituales nuevas, extrañas a las morales de los filósofos. Durante siglos, el mundo occidental ha vivido el perdón a través de la concepción cristiana.

La religión que sin duda ha causado más influencia en Occidente y que está en el subsuelo de buena parte de las reflexiones filosóficas desarrolladas en la cuenca del Mediterráneo, es la religión judeocristiana. Incluso los pensadores ateos y agnósticos beben abundantemente de esta tradición implícita en el pensamiento occidental y son sus herederos a través de sus obras.

Kierkegaard, apoyado en la tradición cristiana, forja un concepto del amor que resulta interesante retener en esta reflexión sobre el resentimiento y sobre la paz. En las Obras del amor (Kaerlighedens Gerninger), distingue dos clases de amor: el amor auténtico y el amor inmediato.

El primero es el amor universal, que ama desinteresadamente, que no espera ninguna recompensa ni hace discriminaciones de ninguna clase. Es un amor puro, sobrehumano, que exige amar equitativamente a los demás, sea enemigo, amigo o traidor. El segundo amor es el amor instintivo, que parte del sentimiento de afinidad o de proximidad, que depende del gusto o del disgusto que produzca el otro. Es un amor humano, demasiado humano... Está terriblemente condicionado por las circunstancias externas, por las vicisitudes del tiempo y la rueda de la fortuna. Éste es el amor del seductor, del amante. Es un amor desesperado, porque no tiene ninguna estabilidad y fluctúa constantemente.

Así lo expresa Kierkegaard: "El amor inmediato es desesperación... La desesperación es la falta de eternidad. La desesperación radica en el hecho de no haberse sometido a la transformación de la eternidad... Por lo tanto, la desesperación no consiste en la pérdida de lo amado, sino en la falta de lo eterno."

El amor auténtico, en cambio, es un amor de naturaleza divina que exige infinitamente al hombre y le obliga a superarse, a trascenderse a sí mismo y a hipotecar el amor propio, el amor a sí mismo. Este amor a sí mismo es, según Kierkegaard y San Agustín, la gran perdición del hombre y la raíz del egoísmo.

Kierkegaard expresa todo esto en una obra publicada en 1849, un año después que el Manifiesto del Partido Comunista. La historia nos muestra que el texto de Kierkegaard ha pasado totalmente desapercibido, mientras que el texto de Marx y Engels ha transformado el mundo. Ironías de la historia...

Según Kierkegaard, la religión cristiana vela por la paz a través de la extinción del egoísmo en el corazón del hombre. El cristianismo apuesta por un amor universal, un amor que no establece diferencias ni de carácter étnico, ni de carácter racial o social. Es un amor que rompe la lógica del resentimiento y trata al otro de manera equitativa.

Así lo expresa el danés en la obra citada: "En el cristianismo, se debe amar al prójimo, amar a toda raza, a todos los hombres, incluso al enemigo, sin hacer ningún tipo de excepción, ni por simpatía ni por antipatía." El amor inmediato, en cambio, es un amor mudable y frívolo. Dice Kierkegaard: "El amor inmediato puede transmutarse en algo distinto, puede cambiar con los años. Éste es un espectáculo muy frecuente. Entonces el amor pierde su fogosidad, su alegría, su placer, su carácter primitivo, su frescor."

Kierkegaard considera que aquel amor no tiene una génesis humana, sino más bien divina. El hombre participa de este amor gratuito de Dios a través de la fe, la plegaria y la adoración; pero no es algo que se forje en él, que salga del interior de su ser. El imperativo kierkegaardiano de amar al prójimo no tiene la misma raíz que el imperativo categórico de Kant. Este último surge de la ley práctica del hombre, de la razón en su uso moral, del imperativo que ordena categóricamente el seno del espíritu humano. Kierkegaard lo sitúa en otro plano...

Dejando a parte la raíz de este amor, lo que interesa considerar aquí es su incidencia en el resentimiento. Este amor es inspirador de un perdón universal, sin trampas, sin reticencias, sin apostillas. Un perdón de tales dimensiones sólo es posible si surge de un amor desinteresado y gratuito.

El perdón libera al individuo de la esclavitud del resentimiento y de la hostilidad hacia los demás. Lo libera de esta herida que no le deja contemplar al otro con pureza, con nitidez. Permite abrazarlo y corregirlo desde el amor y no desde la violencia o la imposición.

A lo largo del Nuevo Testamento nos encontramos con diversas parábolas que manifiestan la grandeza de ese perdón: la oveja perdida (Lc 15, 3-7), el dracma perdido (Lc 15, 8-10), el hijo pródigo (Lc 15, 11-32) y el fariseo y el cobrador de impuestos (Lc 18, 9-14).

Es especialmente interesante la parábola del hijo pródigo, donde se nos presentan tres paradigmas muy distintos. Por un lado está el padre, que perdona al hijo sin reprocharle nada, sin difamarlo ni condenarlo. El padre lo acoge, se alegra, hace una fiesta de ello y lo integra de nuevo al hogar. Está el hijo pequeño, que vuelve avergonzado de haberse malvendido, de haber servido a los ídolos. Es el penitente que pide perdón al padre por su falta, por su error. Y está la figura del hermano mayor, que representa al resentido. Siente resentimiento por su hermano pequeño, siente celos de él y desearía hacerle desaparecer. No entiende la gratuidad de Dios, no comprende la gratuidad del Padre.

El perdón que realmente puede combatir al resentimiento es el perdón universal y absoluto, el perdón sin excusas, que olvida la hostilidad en lugar de hacerla crecer en el interior del sujeto. Este perdón es exigente y obliga de un modo imperativo y absoluto.

La ética kierkegaardiana, fuertemente inspirada en el Nuevo Testamento, es una ética de máximos, una ética de grandes ideales y grandes ideas referenciales. En nuestra contemporaneidad, presidida por la idea del consenso y de la ética mínima, la tesis maximalista del perdón universal resulta difícil de comprender y también de difundir.

Ante la crueldad, ante la tortura y la maldad expresada a flor de piel, sólo el perdón incondicional puede romper la lógica del enfrentamiento y de la revuelta instintiva. El perdón es un antídoto serio y profundo al resentimiento. Y es un antídoto profundo y serio si realmente está arraigado en el corazón. Si se trata de algo provisional, es como una máscara que esconde el problema, pero no lo resuelve. El perdón del amor evangélico es un perdón destructivo; destruye a los falsos ídolos, los falsos senderos para llegar a la paz; aniquila las actitudes ambivalentes y farsantes, desempaña los ojos y ahuyenta del horizonte mezquindades y complejos de inferioridad.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El camino hacia la paz es difícil. Está lleno de trampas y engaños que hacen difícil conseguir este estado de armonía y plenitud.

Sin embargo, esta dificultad no significa incapacidad o imposibilidad de aproximarnos a ella, sino que más bien nos avisa de la necesidad de prepararnos para este largo camino con buenos instrumentos de trabajo.

La gran fisura en este camino de perfeccionamiento colectivo es el resentimiento individual y/o colectivo. El resentimiento es la gran trampa en el camino hacia la libertad y hacia la paz. El resentimiento esclaviza al hombre, lo hace indigno de sí mismo y lo encierra dentro de su propia subjetividad. Sólo el amor puede abrir al ser humano hacia su alteridad y proyectarlo

vectorialmente hacia la paz. El perdón es la expresión más sublime de este amor. El perdón es el gran antídoto de la enfermedad del espíritu que es el resentimiento.

Educar en el perdón es educar en la libertad. Educar en el perdón es educar en la construcción de la paz.